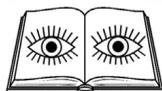




LIBER MORTUORUM
EL LIBRO DE LOS MUERTOS



Relatos
escritos por:
Miguel Ángel
de la Cruz Gómez

2020

EL LIBRO DE LOS MUERTOS
—LIBER MORTUORUM—

Autor: Miguel A. de la Cruz Gómez
Diseño de portada y láminas: Miguel A. De la Cruz
© Miguel A. de la Cruz. Derechos Reservados.
Queda prohibida toda reproducción total o parcial
de esta obra sin expreso deseo de su autor, aplicán-
dose las medidas legales oportunas.

INDICE

La visita espectral de la monja.....	pág. 1-20
La visita de la anciana abandonada.....	21-41
La visita de la niña triste del retiro.....	42-62
La visita de la dama del museo.....	63-83
La visita del labriego.....	84-104
La visita de la bibliotecaria.....	105-121
La visita de la bruja Leonor.....	122-140
La visita del relojero Segismundo.....	141-161
La visita de la señora de la iglesia.....	162-182
La visita del notario fusilado.....	183-200
La visita en el Café La Estación.....	201-220
La visita del joven pintor Evaristo.....	221-240

PRÓLOGO

Muy apreciado lector:

He dispuesto este misterioso libro para usted, para que conozca de primera mano, aquello que siente la gente que se marcha a la otra dimensión. En ocasiones, tenemos un concepto de los muertos como algo difuso y estereotipado por el cine de terror. Seres inexistentes que distan un abismo de nosotros. Lo que hoy pongo ante sus ojos, es un lenguaje de seres que ya no están a nuestro lado y que se expresan más allá de las psicofonías, la ouija o los médiums.

El presente ejemplar, es algo más que un compendio de palabras, sacadas de la desbordante imaginación de un escritor. Tampoco un servidor trata de infundirles algo tan exprimido como el miedo. Trataré de huir de semejanzas, como el resto de téricos elementos que orbitan por su cabeza en lo concerniente a este género tan sumamente exprimido. Todo ello, le aleja aún más, de la bondadosa naturaleza humana que aún perdura cual sustrato en el ser incorpóreo. El alma nunca se desposee del casto sentimiento humano, pues forma parte de su misma raíz intrínseca y sustancial y es por esa convincente razón que el espectro, el fantasma o espíritu, fueron en sus inicios personas como usted y como yo.

El libro de los muertos no es más que una recopilación de experiencias con tintes de narrativa, donde se recogen las “vivencias” personales de seres inexistentes que, gracias a los renglones de un libro, pueden expresarse de todo aquello que los acongoja.

Es por esta razón, que, aunque el libro de los muertos, en apariencia puede estar desarrollado como un género novelesco sin más, dejo a su libre pensamiento, mi querido lector, el juzgar por usted mismo si después de su lectura cree haber leído una entretenida obra de ficción

o, por el contrario, hemos conectado en sintonía, con los testimonios de los cruzados al otro lado para hablarnos de sus cosas, de sus preocupaciones, sus anhelos.

Desde el principio de la humanidad, el hombre ha tratado de buscar cauces que hagan de puente para la comunicación con otras realidades. Se ha servido de ciertas técnicas y elementos para conectar ambas dimensiones. Si todo esto es lícito..., ¿por qué razón cabría descartar la probabilidad de que nuestros difuntos se “sirvieran” de un elemento de escritura como el puño de un escritor para hacer llegar su mensaje a través de sus renglones?

Tan solo, y como alegato, cabría exponer que cada testimonio recogido en el presente libro, ha sido escrito en las horas más serenas de la noche en las que parece que se perciben con nitidez las coordenadas más secretas y se atisban misteriosamente las percepciones que, por lo general, permanecen encriptadas a los sentidos.

Cada noche, durante el transcurso creativo del manuscrito, mi mente ha recolectado etéreos pensamientos espectrales que pululaban por los escabrosos viñedos de la imaginación...; quien sabe. ¿Usted qué cree? ¿piensa realmente que cuando partamos del andén de la vida, se forjará un muro entre la vida que dejó y la nueva a la que se aventura?

Intente adentrarse a los testimonios narrados como si los viviera en primera persona y no como simple espectador. Detrás de cada uno de ellos, se encierra un alma atormentada por un sinfín de sensaciones vividas e interrumpidas que pleitean desde el suntuoso estrado del arrepentimiento. Extraiga sus propias conclusiones, pero por favor, disfrútelas. Es muy posible que alguien quiera decirle algo desde el otro lado de la estancia.

Miguel Ángel de la Cruz

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Miguel Ángel de la Cruz', with some stylized flourishes and a horizontal line crossing through the middle of the signature.



—LA VISITA ESPECTRAL DE LA MONJA—

La primera noche que pernocté en aquel palacete adaptado como hospedería y que, en tiempos, fue un balneario y posteriormente, desde mitad del XIX un reformatorio de jovencitas adineradas administrado por una orden de religiosas, me pareció que, de sus paredes, rezumantes de historia, trataban de susurrarme lo acontecido en ellas.

Tenía todo el fin de semana libre y decidí abstraerme del hogar familiar y pasar unos serenos días en la campiña de la Cordillera Suiza. me dispuse de la maleta de cuero, compañera de un sinfín de viajes con algo de ropa, pijama y algunos enseres y libros y mi anticuada pero querida máquina de escribir con sus teclas de marfil.

Dejé mi vehículo aparcado en la aldea montañosa de poca actividad y me dirigí hasta la puerta del palacete. Un enorme edificio de estilo inglés con multitud de ventanas de junquillos. Estaba pintado de amarillo ya muy erosionado por el frío clima de la intemperie. Al llamar a la campanilla de latón de la puerta, salió una religiosa de hábito oscuro y reluciente sonrisa:

— *¿Sí? ..., ¿qué desea, señor?*

— *Buenos días...; disculpe, quería saber si disponen de habitación libre para dos días.* —Dije a la bonachona consagrada, escondiendo de su vista mi inseparable pipa de fumar para que no pusiera objeción en hospedarme. Tras el barrido visual antes de brindarme su confortable hogar, advierte en mi mano la funda de la máquina de escribir y me sonrío, diciendo con sorpresa:

—*Ah..., veo que es usted escritor.*

—*Así es, hermana.*

Y sin perder más tiempo, intenta coger mi maleta para ayudarme a instalarme, negándose a ello entre agradecimientos, pues la caballerosidad también abarca al gremio de las esposas de Dios.

Mientras la seguía por un laberinto de pasillos, me fue dando conversación la amable mujer:

— *¿Y qué escribe, caballero, si puede saberse?*

—*Por supuesto, hermana. Estoy trabajando en un libro de terror. Es el género en el que más se define mi carrera.*

—*Uy..., que miedo. Menos mal que aquí nos protege la virgen santísima.* —Dijo entre risas.

Y prosigue su interrogatorio procesional por los entresijos del vetusto edificio:

— *Es usted de lejos, ¿verdad? Ese acento no es de por aquí.* —*Soy de Oviedo. ¿Lo conoce?*

—*Ya me hubiera gustado, hijo. pero nuestra vida es de oración y no viajamos tanto como otras órdenes religiosas.*

Al llegar al fin al cuarto, me dice:

—*Este es. Aquí tendrá usted santa tranquilidad para su libro. Ponga aquí su maleta.* —Y la anciana abre las contraventanas, entrando amplia luz en la estancia.

— *¿Le pago ahora, hermana por adelantado?* —Dije, sacando diligentemente mi cartera.

—*No es preciso, hijo. el último día hace usted sonar la campana de fuera, nuevamente y saldremos de la zona de la comunidad a despedirle. Pero mire que hermosas vistas tiene desde esta ventana.* —Dijo, invitándome a divisar el paisaje.

—*Muy bien..., le dejo que se instale. Siéntase como en su casa.* —Y desaparece por el tenue pasillo.

Coloqué una chaqueta en el armario y dejé mi máquina de escribir preparada en la mesa del escritorio. Traté de aproximarla junto a la ventana para tener más luz y extasiarme de los picos nevados que asomaban por la cristalera.

Tras un breve espacio de tiempo en el que me dispuse a comer algo en el bar de al lado, me puse a escribir hasta que la luz del día se fue extinguiendo tras las montañas y teniendo que encender la luz de la mesita. No entendía mi escasa lucidez creativa ya que me hallaba en un remanso de tranquilidad, sin distracciones y a pesar de ello, no encontraba las palabras exactas para concluir el décimo cuarto folio.

Hice una pausa para estirar las piernas y me preparé con tabaco la pipa. Observaba la oscuridad por la ventana, divisando algunas luces en la lejanía de casas aisladas. Comencé a tener un frío que me recorría todo el cuerpo. Tras colocarme el abrigo sobre el pijama, veo el pomo de la puerta girar como si alguien quisiera abrir. No sospeché nada extraño, pensando que me vendrían a notificar de algo y al punto, abro la puerta. Mi pasmoso asombro crece al observar que, tras ella, no había nadie. Estaba el pasillo desierto.

Me vuelvo a sentar a escribir y de pronto la luz de la lámpara comienza a parpadear. Intenté reforzar la bombilla, creyendo que no estaría ajustada. El cansancio se iba adueñando de mí. El sillón orejero en el que estaba sentado, era tan confortable, que, tras ajustarme a él, quedé profundamente dormido. En sueños, me veo despertar sobrecogido y puedo ver que el folio que había en la máquina de escribir estaba en blanco. No había nada escrito. Detrás de mí, percibo el susurro de una mujer que rezaba en una esquina de la habitación. Su hábito era de color negro, muy distinto al de las hermanas que vivían actualmente en el edificio.

Estaba de espaldas a mí y de rodillas en un suelo de baldosas relucientes, muy diferente al que había en un principio. La estancia me pareció distinta. La mujer estaba fija a un crucifijo de madera que colgaba de la pared. Parecía muy triste por los lloros que profería mezclados con las oraciones.

Le dije algo asustado:

— *¿Quién es usted? ¿qué hace en mi habitación, hermana?*

Tras mi intervención, interrumpe su letanía de oraciones y se queda callada.

Llegué a pensar por un momento que tal vez se tratara de alguna de las hermanas que sufriera algún trastorno mental y se hubiera colado en mi estancia, aprovechando el descuido del resto de la comunidad. Pero allí permanecía de espaldas a mí en silencio. Volví a insistir. Me incorporé del sillón y traté de acercarme a ella. Le dije:

— *Hermana..., ¿necesita usted ayuda?*

Me recorrió un escalofrío por el pavor de ver que aquel ser que parecía tan real, tenía su silueta extrañamente difuminada. Me miró y bajo esa toca que llevaba, había un lánguido rostro blanquecino y ojos oscuros y sin brillo, como si no fuera de este mundo. Comenzó a llorar y su aspecto siniestro, gradualmente volvió a una solidez normal. Por más que trato de entender las razones por las que no salí corriendo de aquella habitación, no las encuentro. Traté de justificar mi reacción al miedo, pensando que tal vez fuera una pesadilla, fruto del cansancio. Su llanto constante, eclipsó de algún modo mi temor, preocupado en saber que le ocurría a esa pobre mujer o lo que fuera. Le pregunté:

— *¿Por qué llora, hermana? ¿puedo ayudarla en algo?*

La religiosa me mira sorprendida y exclama:

— *¿Puedes verme?*

Me impresionó la interacción con aquel espectro. Su reacción tan humana menguó mi inquietante temor. Contesté:

— *Claro que puedo verte. Además de oírte, claro.*

La monja se incorpora del suelo y se sienta en el sillón, luego ojea la mesa del escritorio y al ver que no había nada escrito, me dice a continuación:

— *¿No se le ocurre nada que escribir?*

Tras un incómodo silencio por no encontrar la respuesta adecuada, le digo a media voz:

— *Pues..., verá, no parece que esté inspirado.*

La religiosa, que era una mujer de mediana edad, con un rostro de mujer sufrida o enfermiza por sus exageradas

ojeras, coge con sus dedos las enormes cuentas del rosario de su hábito y los acaricia como si tratase de rezarlo. Luego me mira fijamente y exclama:

—*Escribe todo esto que te voy a contar. Es la historia de mi vida. Espero que, si las jovencitas de este siglo lo leen, no caigan en mis errores y se condenen a este martirio eterno.*

—*Perdone..., pero no la entiendo.* —Dije yo, fuera de lugar.

— *¿No es usted escritor?*

—*Sí..., claro.*

Se levanta del sillón impetuosa y exclama:

—*Siéntese aquí y escriba. Tengo por desgracia todo el tiempo del mundo.* —Dijo lamentándose entristecida.

Tras colocar mi folio en posición, comencé a pulsar las teclas de la máquina, siguiendo la narración de lo que me apuntaba. Comenzó así:

—*Yo soy..., mejor dicho, era la hermana sor María del niño Jesús. Nací en un pueblecito gallego de pocos habitantes. Mi infancia transcurrió muy feliz, con las cosas propias de los críos. Solo pensaba en jugar con mis amigas y ayudar en casa en todo lo necesario a mi madre que estaba impedida en una silla de ruedas. Tenía una angustiosa diabetes que le dificultaba la circulación, hasta que a la pobre mía le tuvieron que amputar las dos piernas. Mi padre murió muy joven, tras un accidente al caer de una altura en la cantera de piedra donde trabajaba. Yo me tuve que hacer cargo de mi madre hasta que murió. Tenía unas irrefrenables ganas*

de entrar al noviciado de las Hijas de la Compasiva María Santísima, no pudiéndolo hacer hasta no verme libre de las obligaciones para con mi madre.

Al día siguiente de darle a mi madre cristiana sepultura, pedí el ingreso en el convento del Santo Ángel de la guarda. Una institución dedicada a la atención de jóvenes descarriadas que no tenían horizonte alguno en la vida. Muchas de estas niñas eran abandonadas en la puerta de nuestra casa por su propia familia, porque venían embarazadas de alguna violación. Pobres chiquillas. Aún recuerdo sus caras asustadas y sin noción de sus indefensas vidas.

Durante mi etapa en el noviciado, me sentía dichosa de ser elegida por Dios. él era todo para mí y cualquier cosa del día se la ofrecía desde que nos levantábamos muy temprano a rezar los salmos. El trato con mis hermanas de comunidad mayores era confortable. Me trataban como a una hija o nieta. Yo recuerdo estar a los pies de las más longevas que pasaban el día entumecidas en las camas, por no tener movilidad, mientras ellas me contaban toda clase de historias de santos y me daban consejos de vida evangélica. Llegué a madurar en alto grado en la fe, tan solo con escucharlas en sus distendidos ejercicios espirituales. En cambio, la convivencia con algunas de las hermanas más jóvenes, me resultaba casi insoportable. Algunas de ellas, provenían de familias acaudaladas que les daba cierto e injusto estatus social dentro de la propia orden. La mala educación es algo que no se corrige ni en el más santo convento de religiosas, créame.

Había una hermana, llamada sor Encarnación del niño Jesús, que era un demonio desde cualquier prisma de su vida.

Era la hermana encargada de la portería, siendo la imagen nefasta de la orden de cara a las visitas que llamaban al convento. Abrazó la vida religiosa, siendo una poseída mujer que se enojaba con facilidad con el prójimo al que siempre culpaba con toda clase de amonestaciones. Quizás mi agrio carácter comenzaría a forjarse en la convivencia con estas vidas poco ejemplarizantes. Estoy plenamente convencida que, debido a mujeres tan malévolas y sin vocación, tal vez Dios decidiera desde hace mucho, hacer las maletas para abandonarnos a nuestra propia suerte.

Las rencillas propias entre las hermanas, las intentábamos resolver en un capítulo que hacíamos después de los tres días de ejercicios espirituales, en los que las hermanas pedían perdón de sus faltas frente a aquellas con las que había habido afrentas. A pesar del gesto evangélico, se guardaba bajo los amplios hábitos, mucho rencor que acumulábamos hasta el punto de que en esta humilde comunidad de tan solo veintitrés consagradas, había hermanas que ni se miraban a la cara. Supongo que tampoco cabría escandalizarse por ello. Somos unas rudas mujeres necesitadas del constante amor de Dios bajo una impecable apariencia de virtud.

Hace una leve pausa al ver como su apariencia perdía solidez, desintegrándose como un humo de silueta translúcida. —Perdóneme... —Y se recompone tras unos segundos—. *Me suele ocurrir con frecuencia, hasta que me esfuerzo en pensar en mi físico y quien soy, volviendo a solidificarme.*

Las jóvenes que custodiábamos en nuestras casas, eran las pobres víctimas de los carentes gestos de bondad hacia mujercitas que estaban necesitadas del amor que ni en sus fa-

milias pudieron obtener. Yo siempre era la hermana despiadada en la que la reverenda madre superiora siempre confiaba para los asuntos de cierta complejidad. Cuando las jóvenes que eran internadas por estar embarazadas por sus novios, y la única solución de sus padres para no avergonzarse, era confinarla en una institución como la nuestra, las manteníamos en dependencias aisladas hasta que parían al crío, que misteriosamente, nunca sobrevivía a la intervención y me era entregado a mí envuelto en una manta para ser enterrado como a un animal bajo las losas del suelo de la bodega. Había ocasiones en las que creí ver el bulto oculto en la manta moverse, más nunca indagué en ello. Tenía que cumplir fielmente el voto de obediencia a la madre y con el tiempo, fui perdiendo la escasa humanidad que había en mí. Me volví dura como un roble, sin el más mínimo gesto de compasión por los débiles que tantas veces rememorábamos en los evangelios.

— *¿Quiere decir que enterraban a los recién nacidos vivos?* —Interrumpí la exposición de lo que el espectro me narraba con cierta impresión y descrédito.

—*Sí estaban vivos o no, solo Dios lo sabía. Pero no crea que no me arrepiento cada día de ello. Es una tortura constante que se repite en mi cabeza, con sus llantos. Creo que esa es la razón principal de que mi alma no haya seguido su peregrinaje hasta la luz potente de Dios, como mis otras hermanas. cada vez que me acuerdo de la oración de la salve a nuestra señora, donde se dice el valle de lágrimas, lo reafirmo en cada uno de mis días y años, donde nada pasa ni culmina...; es siempre lo mismo. Supongo que mi infierno es un bucle que no lleva a ningún sitio concreto. Es como una escalera de caracol que se eterniza sin llegar a divisar*

hasta donde desemboca. Necesito poder descansar e irme a cualquier sitio que no sea este frío edificio donde entra y sale tanta gente extraña. Cuando comprobé con sorpresa que usted podía verme y oírme, una extraña sensación de esperanza me inundó por todo mi ser, o lo que queda de él. Otras personas se alojaron en las que observé que podían verme, más cuando traté de mantener contacto con ellos, cerraban sus ojos como ignorando mi presencia o como si no quisieran saber de mi existencia. Cada vez que veía alojado en nuestras dependencias a un sacerdote, trataba de hablar con él para solicitarle confesión, pero no solo no me veían, sino que me atravesaban dejándome con la palabra en la boca.

He hecho sufrir a muchas criaturas inocentes. Muchas jóvenes que no tenían a nadie y menos a mí, que me portaba con ellas como un despiadado ser en disciplinadas correcciones, como si yo liderara el ejemplo a seguir. No fueron tan fuertes a las constantes composturas y acababan afligidas, por quitarse la vida. A pesar de todo, me entristecía en vida ver como las jóvenes que se marchaban y hacían su vida, creando una familia, venían a visitar a algunas de las hermanas a las que querían como a madres y en cambio a mí no me visitaba nadie. En alguna que otra ocasión, me suelo tropezar por estos pasillos con las almas errantes de alguna de ellas. Unos espectros que se destacan por el dolor que reflejan en sus rostros. No entiendo como tienen que vagar errantes ellas, cuando solo fueron víctimas de nosotras.

—Espere..., espere, por favor. No consigo seguir el ritmo tan acelerado de lo que me expone. —Dije llamando su

atención por como el teclear de mi máquina no era capaz de seguir la velocidad de su narración.

—*Sí..., discúlpeme. Trataré de ir más pausadamente.*

—Dijo la religiosa, que permanecía sentada en un extremo de la cama y con la mirada perdida en los montes que se divisaban desde la minúscula ventana.

Como le iba diciendo, durante todos estos años, he visto en este siglo y medio como he pasado en ocasiones mucho miedo, a pesar de saber que el fantasma era yo. Recuerdo que las hermanas teníamos velones de aceite para irnos a dormir a las respectivas celdas. Con los años, la madre superiora consiguió de manos de la Duquesa de Feraud, nuestra mejor bienhechora, que nos instalasen la luz eléctrica de los postes que trazaron desde el pueblo más cercano. Era una bendición poder leer de noche bajo las bombillas hasta altas horas.

—*Disculpe la intromisión, pero..., ¿cómo es consciente del tiempo que ha transcurrido?* —Dije con cierta curiosidad.

—*He visto el calendario que hay colgado en una pared de la cocina. Pone: “mil novecientos ochenta y seis”.* —Dijo la monja con su característico talante de erudito conocimiento.

Como le venía diciendo, con los años, la casa ha sufrido muchas remodelaciones. Un día dejé de ver a mis hermanas de comunidad y a nuestras jóvenes cobijadas. Las habitaciones que solía visitar, estaban con sus desnudas camas sin la presencia de ninguna de ellas. Decía que pasé mucho miedo porque no era consciente de los vertiginosos cambios que sucedían a mi alrededor. Todo evolucionaba menos yo,

que seguía siendo la disciplinada sor María del niño Jesús, la que siempre estaba acechando por los pasillos, a la espera de corregir a las almas descarriadas.

Cierto día que hice el turno de noche, como de costumbre, observé como en uno de los corredores del claustro, que el enorme crucifijo de nogal que había y al que tenía yo la santa costumbre de acariciar los pies del crucificado tallado cada vez que pasaba por ahí, no estaba. En su lugar había un objeto poco estético cilíndrico de color rojo con una manguera en su extremo, como las gasolineras de antes. Junto al extraño objeto, había un cartel en verde que decía: "Salida". Me sorprendió por quien de las hermanas hubiera colocado eso allá. Supongo que la madre superiora me hubiera notificado de ello, pues la que se encargaba de esas destrezas manuales era yo. Quise arrancar el cartel, pensando que no tenía sentido señalar la salida a una comunidad de ancianas religiosas que habíamos gastado nuestra vida en ese suntuoso edificio, conociéndolo de sobra. En mi ignorancia, creí poder arrancarlo sin obtener resultado. Pensé que estaba muy bien pegado, hasta que más tarde, comprobé que no podía coger ni tocar nada. Oí risas de las jóvenes en algunas dependencias de la segunda planta y fui veloz, como una depredadora insaciable de justa rectitud y cuando atravesé el enorme pasillo de las celdas, unas luces cegadoras se prendieron de la nada, alertadas de mi presencia. Acabé por acostumbrarme a ello.

—Claro..., eran luces con detección de movimiento.

—Dije riendo por el mecanismo incomprensible y desconocido por alguien de otra época anterior.